

que acabo de haceros, y seguirme despues adonde os esperan para comunicaros lo que debeis hacer.

Aguado vaciló por un momento.

—¿Qué resolvéis?

—Guiadme, dijo.

—Es necesario que nos pongamos en camino.

—¿A dónde hemos de ir?

—A Búrgos.

—¿No me podeis decir quién es la persona que nos espera?

—Jurad ántes sobre la cruz de vuestra espada guardar siempre el mayor secreto.

—Lo juro, dijo Aguado.

—Os advierto, añadió el desconocido, que yo no me separaré un solo instante de vos, y que si faltais al juramento que acabais de hacer morireis á mis manos.

—No necesito semejante amenaza. Soy caballero, soy cristiano, y acabo de invocar el testimonio de la cruz.

—Pues entónces en marcha.

—¿Quién nos espera?

—El obispo Fonseca.

Los dos salieron de la casa, fueron á la posoda en donde se hospedaba Aguado, éste se despidió, acompañó al emisario del obispo, que se llamaba Pedro Ibañez, fueron á otro meson en donde habia mulas preparadas, montaron en ellas y salieron de Valladolid con direccion á Búrgos.

Al cabo de dos jornadas llegaron á aquella ciudad, y Aguado encontró alojamiento en el palacio del obispo.

Al dia siguiente fué presentado á él por Pedro Ibañez.

El emisario de Fonseca no le habia engañado.

Gorbalan estaba en Búrgos, y catequizado por los enemigos de Colon, no solo habia sido ingrato, sino que estaba resuelto para medrar á sacrificar al que tantas pruebas de deferencia le habia dado.

CAPITULO IV.

Aberraciones.



PARCE mentira que un hombre como Colon pudiera inspirar no ya al vulgo envidioso, no ya á los cortesanos émulos de su gloria, sino á los que ocupaban puestos muy distinguidos, y sobre todo tenian el deber, por ser ministros del Señor, no solo ministros, sino prelados, de ejercer á todas horas el sentimiento de la caridad, envidia de ningun género.

Y sin embargo, el obispo Fonseca, que en poco tiempo, gracias á su innegable talento, gracias á la predileccion que sentia hácia á las artes, que le debieron en aquella época gran parte de su apogeo, se habia captado el afecto de su soberana, que participaba de sus mismos gustos, y en breve tiempo habia llegado desde el humilde puesto de fraile al de obispo de Búrgos.

Más inverosímil parece aún que un hombre que poseía el sentimiento de lo bello no sintiese desaparecer de su alma las negras nubes de la envidia al contemplar la grandeza que con su talento habia adquirido Colon á fuerza de infortunios.

Porque si, como sucede siempre, las artes tienden á la civilizacion, dulcificando les sentimientos de los hombres, hermanándolos con la admiracion y el entusiasmo, natural era que la figura de Colon, de aquel pobre marino, que despues de llegar á la corte de varias naciones, à implorar la caridad

de los reyes de España, había tenido necesidad de pedir una limosna á la puerta de un convento, y sufriendo desaires, y viéndose calificar de loco por los que no tenían capacidad suficiente para comprenderle, había llegado á fuerza de trabajos, de privaciones, de lágrimas, de dolores, à obtener una licencia de la reina, á conseguir que le ayudase en su empresa, era, y no podia ménos de ser, no ya para los que comprendieran las artes, no ya para los que apreciaran el sentimiento de lo bello, sino para los que tuvieran una noción siquiera de la humanidad, títulos suficientes de aprecio y consideración.

Pero desgraciadamente las pasiones son más vehementes en el hombre que los sentimientos.

Decid no ya al admirador sino al mismo artista; decid à Rafael que hay un defecto en su *Pasmo de Sicilia*, y le vereis palidecer, notareis la ira en sus ojos y vereis que aquel hombre, que si le hubierais enaltecido os hubiera estrechado en sus brazos, os desprecia y siente despertarse en su alma, ávida poco ántes de belleza, la más negra de las envidias, el más vehemente deseo de hacer os daño.

Fonseca, que en los primeros años de su vida monástica había sido un ejemplo de constante virtud, que había amparado al débil contra el fuerte, que había empleado su elocuente palabra para mitigar en el corazón del señor feudal la indignación que le había inspirado el delito ó la falta de su vasallo; Fonseca, que en varias ocasiones había contrarrestado la influencia de Torquemada, cuando aquel hombre Fanático llevaba á centenares à la hoguera á los que no profesaban la religión cristiana; aquel hombre, en fin, que había logrado despertar un vivo afecto en el corazón magnánimo de la reina, había sentido primero el torcedor de la envidia cuando al volver Colon, que había eclipsado, no solo su gloria, sino la de todos, y el vulgo y los nobles, y todas las clases de

la sociedad se habían olvidado por completo de la importancia de los grandes, de la veneración que debían á los preladados, para convertir aquellos sentimientos en una entusiasta admiración, que ofrecían á su paso por las aldeas y las ciudades al que, desafiando las olas del Océano y los furioses de la tempestad, en endebles carabelas había atravesado las turbulentas aguas y había encontrado inmensos territorios que ofrecer, como una nueva joya que adornase la corona de San Fernando.

Instintivamente, sin darse cuenta todavía del sentimiento que le impulsaba, se valió de la influencia que tenía con los reyes, y buscó quien le ayudase para contrarrestar en cierto modo el ascendiente que tomaba Colon.

—Puesto que se han descubierto esas tierras que encierran en sus entrañas grandes riquezas, dijo al rey, puesto que en lo sucesivo será preciso enviar allí numerosos bajajes y españoles de todas clases para colonizar aquellas islas, sería muy oportuno que se crease una administración ó superintendencia para entender en todos los negocios de las Indias.

La idea fué aceptada con entusiasmo por el rey, y se creyó que una vez establecida aquella superintendencia, gérmen del Consejo de Indias, debía ser nombrado jefe de ella el entonces arcediano Fonseca.

Nuestros lectores recuerdan cómo fué desarrollándose en el corazón de aquel personaje la envidia que había experimentado al ver á Colon regresar triunfante.

Pero no era el ilustre marino el que estaba llamado á sufrir la influencia, á resistir la dominación de aquel jefe.

Con la serenidad del que obra bien logró vencer los obstáculos que le oponían, y Fonseca no olvidó nunca la humillación de que había sido objeto á sus propios ojos.

¡Ah, la envidia es un terrible enemigo!

La primera herida es leve: más parece una caricia que una puñalada; y sin embargo, poco á poco va ensanchándose la herida; poco á poco va infiltrándose en ella el veneno de que está impregnado el acero; poco á poco toma cuerpo, se convierte en un odio profundo, y el que no hubiera sido capaz de cometer una mala acción, llega á consumir los más horribles crímenes.

No estaba todavía en aquel período el enemigo de Colon.

Pero allí, á sus solas, en esos momentos en que el hombre, sin dar cuenta á nadie de sus ideas, siente agitarse en su espíritu esos dos elementos de la vida que se llama el bien y el mal; en esas horas de soledad en que la imaginación trae á nuestros ojos todos los recuerdos del pasado y recorre los velos del porvenir, figurábase el obispo Fonseca á Colon volviendo de las tierras que habia descubierto, no ya con un solo bajel desmantelado, sino con todas las embarcaciones cargadas de oro; y como entónces el oro, como siempre, era el objeto de la codicia de los hombres, figurábase que obtendria el almirante mayores triunfos aún, y dada la rivalidad que existia entre los dos, el apogeo, el esplendor, la grandeza del pobregenovés implicaba su decadencia, su desgracia, su ruina.

Y entónces sentia agitarse en su alma, con más fuerza que nunca, la pasión de la envidia, convertida ya en odio que sentia hácia aquel hombre; y entónces pedia á su génio medios para contrarrestar la influencia del virtuoso marino; y entónces buscaba, como la cortesana, los medios de urdir una intriga, los medios de tender algun lazo á aquel gigante para que cayese á sus piés, y que su caída implicase su ruina.

En vano le colmaba de honores la munificencia de los reyes.

En vano su palabra arrastraba á los creyentes, porque su palabra era inspirada, porque en los momentos en que se desprendia de aquella pasión que le cegaba, era el hombre ins-

pirado por Dios, el hombre que comprendia y llenaba ampliamente su misión; en vano recibia á todas horas plácemes y felicitaciones y oia en torno suyo la predicción de que muy en breve le mostraria el Sumo Pontífice su consideración enviándole la púrpura cardenalicia.

La espina que tenia en el corazón no le dejaba disfrutar de aquellos legítimos triunfos.

A cada instante veia llegar á las playas de España las embarcaciones de Colon, y en todos los puertos habia dado el encargo de que apenas llegase algun buque de la India le enviasen correos para comunicarle la noticia.

Colon, como recordarán nuestros lectores, despachó para España algunas carabelas, y en ellas á Gorbalan, uno de los que habian explorado los alrededores de la colonia, y á Juan de Aguado.

A pesar suyo no habia podido reunir más que algunas pequeñas cantidades de oro, y aunque en las cartas que dirigia á los soberanos se lisonjeaba de poder en breve corresponder de una manera más espléndida á sus bondades, por entónces solo enviaba aquellas escasas muestras de oro y algunos de los caribes que habia apresado al visitar la Guadalupe.

Todos aquellos elementos podian muy bien convertirse en acusadores de Colon.

Supo Fonseca que de las dos personas á quien el almirante habia comisionado para informar á los reyes de la situación en que se hallaban, una de ellas, Juan de Aguado, habia partido á Valladolid, y la otra, Gorbalan, se habia quedado en Sevilla con objeto de aclimatar, permaneciendo con ellos algunos dias, á los caribes, para poder presentarlos á los reyes y que dispusieran de su suerte.

Inmediatamente despachó un emisario para que se entendiera con Gorbalan.

La primera herida es leve: más parece una caricia que una puñalada; y sin embargo, poco á poco va ensanchándose la herida; poco á poco va infiltrándose en ella el veneno de que está impregnado el acero; poco á poco toma cuerpo, se convierte en un odio profundo, y el que no hubiera sido capaz de cometer una mala acción, llega á consumir los más horribles crímenes.

No estaba todavía en aquel período el enemigo de Colon.

Pero allí, á sus solas, en esos momentos en que el hombre, sin dar cuenta á nadie de sus ideas, siente agitarse en su espíritu esos dos elementos de la vida que se llama el bien y el mal; en esas horas de soledad en que la imaginación trae á nuestros ojos todos los recuerdos del pasado y recorre los velos del porvenir, figurábase el obispo Fonseca á Colon volviendo de las tierras que habia descubierto, no ya con un solo bajel desmantelado, sino con todas las embarcaciones cargadas de oro; y como entónces el oro, como siempre, era el objeto de la codicia de los hombres, figurábase que obtendria el almirante mayores triunfos aún, y dada la rivalidad que existia entre los dos, el apogeo, el esplendor, la grandeza del pobregenovés implicaba su decadencia, su desgracia, su ruina.

Y entónces sentia agitarse en su alma, con más fuerza que nunca, la pasión de la envidia, convertida ya en odio que sentia hácia aquel hombre; y entónces pedia á su génio medios para contrarestar la influencia del virtuoso marino; y entónces buscaba, como la cortesana, los medios de urdir una intriga, los medios de tender algun lazo á aquel gigante para que cayese á sus piés, y que su caída implicase su ruina.

En vano le colmaba de honores la munificencia de los reyes.

En vano su palabra arrastraba á los creyentes, porque su palabra era inspirada, porque en los momentos en que se desprendia de aquella pasión que le cegaba, era el hombre ins-

pirado por Dios, el hombre que comprendia y llenaba ampliamente su misión; en vano recibia á todas horas plácemes y felicitaciones y oia en torno suyo la predicción de que muy en breve le mostraria el Sumo Pontífice su consideración enviándole la púrpura cardenalicia.

La espina que tenia en el corazón no le dejaba disfrutar de aquellos legítimos triunfos.

A cada instante veia llegar á las playas de España las embarcaciones de Colon, y en todos los puertos habia dado el encargo de que apenas llegase algun buque de la India le enviasen correos para comunicarle la noticia.

Colon, como recordarán nuestros lectores, despachó para España algunas carabelas, y en ellas á Gorbalan, uno de los que habian explorado los alrededores de la colonia, y á Juan de Aguado.

A pesar suyo no habia podido reunir más que algunas pequeñas cantidades de oro, y aunque en las cartas que dirigia á los soberanos se lisonjeaba de poder en breve corresponder de una manera más espléndida á sus bondades, por entónces solo enviaba aquellas escasas muestras de oro y algunos de los caribes que habia apresado al visitar la Guadalupe.

Todos aquellos elementos podian muy bien convertirse en acusadores de Colon.

Supo Fonseca que de las dos personas á quien el almirante habia comisionado para informar á los reyes de la situación en que se hallaban, una de ellas, Juan de Aguado, habia partido á Valladolid, y la otra, Gorbalan, se habia quedado en Sevilla con objeto de aclimatar, permaneciendo con ellos algunos dias, á los caribes, para poder presentarlos á los reyes y que dispusieran de su suerte.

Inmediatamente despachó un emisario para que se entendiera con Gorbalan.

Era éste jóven capitán ambicioso, y habia sufrido mucho al ver la predilección que sobre él tenia Colon por Alonso de Ojeda.

El emisario le manifestó que el superintendente de los negocios de Indias deseaba verle, y confiando los caribes al cuidado de Soria, que estaba en Sevilla, mientras que los viajeros buscaban el descanso en sus hogares, partió con el emisario de Fonseca á Búrgos.

Al pronto no quiso hacer traición al almirante, y aunque manifestó que no todas las esperanzas se habian realizado, dijo á Fonseca que creía que las entrañas de los montes del Cibao encerraban mucho oro, y que desde el momento en que pudieran apoderarse los españoles de la comarca, enviarían á cada instante buques cargados con aquel precioso metal.

Pero Fonseca solo escuchó la triste pintura de las enfermedades que sufrían los colonos, los trabajos que habian pasado en la navegacion, la fatal influencia que ejercía la escasez de víveres, la ferocidad de los caribes, y sobre todo el desastre de la fortaleza de la Navidad, la matanza de los españoles que habia dejado allí indefensos Colon, la actitud hostil de Guacanajari, que era el amigo fiel con que contaba el almirante, y los deseos que abrigaban todos los caciques reunidos de acometer á los españoles para destruirlos.

Todas aquellas noticias, abultadas, exajeradas por el odio que sentía hácia Colon, eran muy suficientes para demostrar á los reyes que el célebre marino, burlando su credulidad, arrastraba á la corona de Castilla á aventuradas empresas, en las que era seguro que el producto no compensaría los sacrificios que ocasionaban.

Pero se habia adelantado Juan de Aguado: debia haber presentado ya á los reyes las cartas de Colon y del doctor Chanca, y si no contaba con aquel emisario, era muy fácil que no se diese crédito á las noticias de Gorbalan.



Nadie sabrá que he tenido la alta honra de ver á su ilustrísima y besar su anillo.

Necesitaba, pues, á toda costa captarse la voluntad de Juan de Aguado, y no tardó en saber que era un hombre ambicioso, y que la esperanza de importantes empleos le impulsaría á vender á su protector.

A Gorbalan le ofreció su influencia para realizar su más vivo deseo, que era partir á Italia y luchar al lado del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, porque no era su ánimo volver á aquellas ignotas tierras, donde tanto habia sufrido.

Si contaba con Aguado, nada más fácil que convencer á los reyes de lo desastroso de los descubrimientos de Colon.

La vista de los caribes podia dar una idea de la mayor parte de los habitantes de la isla, á los que seria necesario cazar.

Una ligera dádiva á los colonos que habian vuelto bastaría para que atestiguasen los trabajos que habian pasado y las pocas esperanzas que abrigaban sus compañeros de conseguir el objeto de su viaje.

Por otra parte, si Aguado manifestaba que las cartas de Colon eran falsas, que solo por un deber de gratitud se habia encargado de presentarlas, pero que antes que hombre agradecido era español y debia la verdad á sus reyes; si describia entónces la situacion de los españoles como la más afflictiva y desesperada, podia muy bien lograr que se enviasen inmediatamente algunos buques para mandar regresar á Colon, y en ese caso experimentaria el placer de ver llegar al que poco antes habian aclamado todos los españoles, con el sello de la desgracia y avanzando á confesar su engaño entre los silbidos de la plebe y el desprecio de los grandes señores.

Era, pues, indispensable á Fonseca la cooperacion de Juan de Aguado.

Al efecto, apénas estuvo en su presencia, tratándole con las mayores consideraciones, le pidió en nombre de los sagrados deberes que como español tenia que cumplir, que le revelase la verdad de lo que pasaba.

La verdad era triste.

Pero como Aguado estaba ya prevenido, y queria hacer valer su complicidad, manifestó que el contenido de las cartas era cierto, y que, aunque habian pasado grandes apuros, habia seguridad de que muy en breve el oro que podria enviarse desde aquellas tierras bastaria, no solo para sufragar los gastos, sino para ofrecer pingües ganancias á la corona de Castilla.

—Aunque así sea, dijo Fonseca, mis noticias son que el almirante, olvidando su origen y su carácter de extranjero, trata á los españoles como esclavos, impone á todo el mundo su voluntad, no hace caso de las observaciones de nadie, y ha tenido ya más de un conflicto con el reverendo padre Boil, el cual en una carta que me ha traído uno de los viajeros da cuenta detallada de todo lo que pasa en la colonia.

Así pues, aun cuando pueda prometerse España grandes riquezas en aquellos apartados países, no es justo que los que vayan allí á trabajar para adquirirlas se encuentren léjos de su patria bajo la ominosa dominacion de un hombre que se ha ensoberbecido con sus medros, y considera à todo el mundo inferior á él.

Conviene por de pronto, para castigar su soberbia, que venga á España con el sello de la desgracia, que luego despues no nos faltarán hombres inteligentes, sabios tanto como él, y más aún, en el arte de navegar y en la ciencia de gobernar.

Vos mismo, en quien me complazco reconocer cualidades superiores, podreis, sirviendo en esta ocasion á vuestra patria, haceros acreedor á la proteccion de los que nos interesamos por su prosperidad, y no seria extraño que algun dia se os confiase el mando de alguna de las colonias creadas ó que se creasen en lo sucesivo.

—¿Y qué he de hacer para obtener tanto favor? preguntó Juan de Aguado.

—Contribuir conmigo y con los que deseamos ver libre á España de la influencia de ese extranjero, à presentarlo á los ojos de los reyes como un hombre inepto, como un elemento perjudicial á nuestra preponderancia en los países conquistados.

—Pero si he hablado ya á los reyes elogiándole, ¿cómo podrán creerme?

—El sentimiento de la gratitud es indispensable; pero ahora mismo se prepara una expedicion de tres carabelas, cuyo mando va á darse á un hermano del almirante, á quien los reyes han sacado poco ménos que de la miseria.

Todo esto origina gastos, todo esto despierta en muchos el deseo de abandonar su hogar para ir en pos de la fortuna.

Un hombre de corazon no puede ver con calma estos sacrificios; y sobre todo vuestro porvenir estriba en eso.

—Si vos supieras, dijo Aguado, los deseos que tengo de humillar á ese hombre....

—Tanto más en abono de mis consejos.

—¡Oh! Sí, contad conmigo para todo.

—Pero no conviene que nos apresuremos. Cuantos más elementos reunamos para poner en claro su iniquidad, será mejor. Sé que no sois rico: disponed de mi bolsa y de mi casa.

Gorbalan partió à poco á realizar su deseo.

Aguado quedó en Búrgos estrechando cada vez más y más los lazos que le ligaban al obispo Fonseca.

Este, como superintendente del Consejo de Indias, no tuvo más remedio que disponerlo todo para la expedicion que debia mandar el hermano del almirante.

Pero detuvo la marcha de los buques, á fin de que pudiera llegar á Sevilla una persona de toda su confianza, que debia formar parte en aquella expedicion.

Esta persona era Pedro Ibañez, el cual llevaba órdenes secretas para Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa y el padre Boil.

Margarite habia sido muy recomendado por Colon á los reyes.

En su carta decia á los soberanos que era uno de los más valientes capitanes, y que se hacia acreedor á que sus majestades velasen por la suerte de su esposa y sus hijos, que estaban en España.

Si un hombre que inspiraba á Colon tanto afecto se convertia en un testigo contra él, las probabilidades de éxito de los planes de Fonseca eran mayores.

La conjuracion adelantaba.

Pero aún necesitaba un elemento más.

Era preciso que no fueran solo españoles los que le acusasen.

Podria parecer aquello odiosidad de raza.

Aguado habia dicho á Fonseca que en su carabela habia regresado á España un marinero italiano, el cual podria tambien corroborar las acusaciones de los españoles, y en este caso el testimonio de un extranjero, de un compatriota del almirante, debia pesar mucho en el ánimo de los reyes.

Habia desembarcado en Sevilla, y envió el obispo Fonseca una comunicacion á Soria para que le buscara.

Cuantos pasos dió con este objeto fueron inútiles.

Lo único que pudo averiguar es que Américo se habia embarcado inmediatamente para Italia; y como él era florentino, enviaron un emisario á Florencia para que le buscara.

Tiempo es de que nosotros le sigamos tambien, para asistir al desenlace del drama á que su criminal pasion le habia conducido.

CAPITULO V.

La venganza de un marido.

SABEL de Monteagudo habia revelado la verdad á Américo Vespucio á bordo de la carabela que les conducia á América.

Don Alfonso habia condenado á vivir á Esperanza y aquel castigo era para ella mucho más cruel que si hubiera clavado un puñal en su pecho; porque sentir bullir en sus entrañas el fruto de su amor criminal era un tormento que no puede describirse, que hace erizar los cabellos solo al pensar en él.

La pobre esposa creyó que no podria sobrevivir á su desventura, y se resignó á sufrir la suerte que le deparase la Providencia.

Su marido renunció al alto empleo que desempeñaba en la factoría del duque de Médicis, y se dirigió á Florencia con su esposa, dispuesto á entregársela á sus padres, para aumentar de aquel modo el castigo que le preparaba.

No volvió á desplegar los labios el ofendido esposo hasta que le anunció su proyecto, hasta que desembarcaron en Italia y se dirigieron á Florencia.

Allí permanecieron en una hospedería, y don Alfonso le habló de esta manera:

—Voy á anunciar á vuestros padres mi resolucion de que volvais á su lado.